

pobló de trasgos y fantasmas y creó un leyenda profana, tan falsa como la del paganismo, pero sin su gracia y su belleza.

En la edad moderna, el bosque fué lugar de expansión y de recreo de reyes y señores, y se dictaron leyes para conservarlo; mientras la industria y las artes a medida que se perfeccionaban aprendían a utilizar mejor sus recursos.

No es, sin embargo, hasta el siglo XIX, cuando ya se han constituido las ciencias naturales, y hay un conocimiento más perfecto de la naturaleza, de sus recursos y medios de aprovecharlos, que el hombre siente la necesidad de conservar el bosque y de explotarlo sin destruirlo.

Pudiera tal vez juzgarse que la agricultura y el arte de construir son enemigos del bosque por cuanto han menester derribarlo para ocupar el suelo la primera y para utilizar la madera el segundo. Pero si se piensa en la misión que el bosque desempeña en el régimen de las lluvias, en la conservación del suelo, y en la estabilidad del clima, se ve que no puede existir la agricultura sin el bosque. En cuanto al arte de construir carecería de su material más importante si el bosque se agotara.

Las naciones de Europa organizaron, en la primera mitad del siglo XIX, técnica y administrativamente la explotación y conservación de sus bosques, formando cuerpos facultativos de ingenieros de montes y escuelas especiales destinadas a formar el personal encargado de misión tan importante.

El sentimiento religioso que el bosque despertaba en la edad antigua, y el horror supersticioso que inspirara en la edad media, han sido substituidos en el siglo actual por un sentimiento de respeto y amor utilitario nacido en la necesidad consciente de conservar el bosque, no sólo como fuente de riqueza por la aplicación variada de sus productos a la satisfacción de las necesidades humanas, sino como medio de proteger el suelo y de regularizar el régimen de las lluvias y de los cursos de agua en beneficio de la agricultura, manantial principal e inagotable de la riqueza de todos los pueblos. Y la legislación para conservar

y fomentar los bosques en estos últimos veinte años ha sido tan importante en todas las naciones, que se ha previsto todo, incluso la necesidad de despertar en el hombre desde la primera infancia el amor al árbol, y hacer parte de su educación y su recreo la fiesta del árbol, reminiscencia en cierto modo de aquellas fiestas celebradas por los paganos en honor de los dioses moradores de sus bosques; que la civilización necesariamente ha de guardar siempre el vino nuevo en odres viejos.

RAMÓN GANDIA CÓRDOVA.

(*El Día*, Ponce, Puerto Rico; mayo de 1919).

## LOS GALICISMOS

LA presencia en el español de multitud de voces y giros importados de Francia es hecho conocidísimo; tal fenómeno es mirado como una dolencia de la que hay que sanar a nuestro lenguaje, para que torne a manifestarse terso y brillante; y es frecuente que en libros y periódicos se saque a la yergüenza a los que deslizan en sus escritos frases o vocablos de indudable corte francés. ¿Qué valor tiene esta actitud? Quisiera dar al lector no versado en estas materias algunos elementos para que forme sobre ello una opinión algo razonada.

Hace algún tiempo (antes de la guerra) discutíase en el Parlamento alemán la conveniencia de expulsar del idioma nacional toda palabra de origen no germánico; un conservador sostuvo, con marcada violencia, aquel punto de vista, y entonces un demócrata le replicó que le juzgaba incapacitado para realizar tal expurgo en su idioma. Y tenía razón, un alemán no lingüista se quedaría asombrado al ver que muchos cientos de voces, aparentemente de neto cuño germánico, no eran sino préstamos que con carácter definitivo había recibido el alemán de la lengua latina.

Algo análogo ocurre entre nosotros con el francés. Aun antes de existir el castellano como lengua literaria, comenzó a recibir, aclimatándose, ciertas palabras francesas; y de un modo más preciso puede afirmarse que desde hace ocho siglos no ha habido época de nuestra historia que no haya estado sometida, con varia intensidad, a esa influencia de nuestros vecinos. Hay, pues, dos maneras de mirar este asunto. Podemos tomar la actitud histórica y analizar cómo ha sido posible que se realice esta continua ingerencia del vocabulario francés entre nosotros, en qué forma se ha cumplido y cuáles han sido sus resultados. Otro punto de

vista es el de los escritores críticos a que aludía al principio, inspirado más bien en la pedagogía social y literaria. Creo, sin embargo, que ambos criterios son indisolubles, y, particularmente, que la segunda actitud carece de virtualidad si no se apoya un tanto en la primera; de otra suerte, nos exponemos a encontrarnos siempre en la enojosa situación del que se lamenta, en lugar de colocarnos en la más cómoda y razonable del que prevé y sabe evitar.

Como afirmación de carácter general, puede decirse que el hecho de que en un idioma aparezcan manifestaciones de influencia extranjera tiene en sí muy poca importancia; eso indica tan sólo que en uno o varios puntos la sensibilidad del país está impresionada por lo que acontece fuera de sus fronteras, en cualquier orden de la actividad humana. La prueba de ello es que, en las supremas manifestaciones de la lengua—en la excelente literatura—el extranjerismo es uno de tantos elementos de que puede disponer el escritor, para fundirlo dentro de la originalidad de su arte. Obras maestras de nuestra literatura, están impregnadas de galicismos o de italianismos; en cambio, hay obras de un marcado sabor tradicional que pueden, a veces, no merecer nuestra atención. La lengua tiene momentos de esplendor o de decadencia, merced a causas muy distintas: Goethe refleja un gran influjo francés, y, sin embargo, es el primer clásico alemán. Todo idioma tiene suficiente vitalidad para asimilar o expulsar elementos extraños, y cuando esto no ocurre, es que está a punto de dejar de existir, y entonces no vale la pena ocuparse de él.

Lo que actualmente acontece con el galicismo es un producto de causas complejas. Esencialmente, estas causas son dos: insuficiencia de nuestro

**TODA PERSONA DE COLOR  
PUEDE DESRIZAR Y SUAVISAR  
SU CABELLO**

Las personas de color pueden tener el cabello lacio, espeso y suave, usando la

**PELO-LISINA**

única preparación que se conoce para desrizar y suavizar el cabello. Las personas de color que la han usado certifican gustosamente el maravilloso resultado obtenido. "Mi cabello es ahora completamente lacio y suave, además de haber aumentado," dicen muchos de nuestros amigos de color, después de varias aplicaciones de la PELO-LISINA. Es una preparación inofensiva y perfumada. Limpia la cabeza y aumenta el cabello, a la vez que lo desriza.

La "Pelo-Lisina" no falla ni en los casos más rebeldes. No debe faltar en el tocador de ninguna persona de color.

Todas las farmacias y perfumerías la venden. Solicítela hoy mismo y si no la consigues, escríbanos, dando el nombre y dirección de la farmacia más cercana.

**THE ORINOKA PHARMACAL CO., Inc.**  
New York